



MIENTRAS BRILLE LA CANDELA

Myriam Ferreira

MIENTRAS BRILLE LA CANDELA



Primera edición: marzo de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Myriam Ferreira

ISBN: 978-84-18663-24-6

ISBN digital: 978-84-18663-25-3

Depósito legal: M-6797-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis padres y mis hermanas, que han sido fundamentales
para que este libro saliera a la luz.*

*A todas las personas que, con sus publicaciones o sus
consejos, han ido aportando la información sobre los Ágreda
que ha permitido reconstruir sus vidas en esta novela.*

*Y a María y a Vicki, que fueron las primeras en leer la
historia y asegurar que era interesante y entretenida.*

*Si cuando llegues al final, piensas que no es ni lo uno ni lo
otro, ya sabes a quién tienes que culpar.*

MANUEL

3 de julio de 1742

—Ay, por Dios, ¡con este calor tanto ajeteo!

La comadrona atravesó otra vez la sala, entró en la cocina, salió, se asomó a la calle y volvió a la sala. No parecía haber ninguna razón para estas agitaciones, pero ya llevaba varias horas en la casa y no había parado de moverse ni un minuto.

—¡Y lo que le está costando! Nadie diría que es ¿qué número? ¿El cuarto, el quinto?

—El cuarto —respondió el hombre.

—¡Ay, y lo que le está costando!

Un nuevo grito llegó desde el cuarto y la comadrona se dirigió de nuevo allí, no sin antes asomarse a la cocina y salir de ella sin haber cogido nada.

El hombre siguió estático en el sillón en que estaba sentado. Su quietud contrastaba con la agitación de la comadrona. Sentado en una silla, con la vista fija en el frente, solo una breve contracción en la cara acompañaba los gritos que llegaban del cuarto. Ni el calor, ni el ajeteo de la comadrona parecían hacer mella en él. Al poco un grito mayor llegó del cuarto.

—¡Santo Domingo de Silos! —gritó la comadrona—. ¡Por fin llega la criatura!

El hombre miró hacia el cuarto, del cual solo percibía una sombra negruzca, esperando que se perfilara la figura de la comadrona. Poco después, efectivamente, llegó el sonido de unas palmadas, un débil lloro, varias expresiones alegres de la comadrona y al poco la figura blanquecina de la misma.

—¡Y otro varón! ¡Ay, qué morenito! Es chiquitín, pero creo que en su familia no hay nadie grande... ¿Habían pensado cómo llamarle?

—Si era niño, Manuel Antonio.

—Bien, Manuel Antonio de Ágreda, bien.

—¿Y su madre?

—Ahí está, ahí está. Si es más fuerte de lo que parece. ¡Válgame Dios!, lo que le ha costado salir. ¡Y con este calor!

La comadrona dejó a la criatura en brazos del hombre, volvió a asomarse a la puerta, luego regresó a la cocina, dio una vuelta completa por la sala y entró de nuevo al cuarto.

El hombre miró hacia la criatura que tenía en brazos. Era ligera. Era blanda, húmeda. Entornó los ojos lo que pudo, pasó la mano por la cabecita, pero solo pudo hacerse a la idea de una mancha rosácea de pequeño tamaño.

Las sombras blancas que iban robando día a día su visión no desaparecían. Entornó los ojos, trató de concentrar la vista. Los cerró con fuerza para abrirlos de golpe. Pero su vista, que tantos detalles había capturado años antes, seguía sin ofrecerle más que manchas de color, sin perfiles precisos. Incapaz de contenerse, el hombre sollozó con su hijo en brazos.

La comadrona entró por la puerta:

—¡Válgame Dios! ¡A sus años y se emociona con el chiquillo!

Pero Domingo de Ágreda no lloraba por ser padre de nuevo. Tenía más de 50 años y este era el séptimo crío que la Providencia depositaba en sus brazos. La emoción de la nueva paternidad no tenía la fuerza de los primeros años. Pero, en este caso, había una realidad que le sobrecogía y oprimía su pecho hasta verterse en lágrimas y sollozos.

Domingo lloraba porque nunca vería el rostro de su hijo.

1690-1742

Logroño era en el siglo XVIII una ciudad no muy grande, pero con una gran actividad artística. Eran años de relativo bienestar económico y había un gran deseo de desterrar el arte de épocas anteriores, muchas veces ruinoso y apollado, y cambiarlo por obras dinámicas, brillantes y aiosas.

Por ese motivo, eran muchos los maestros asentados en esos momentos en la ciudad. La mayor parte eran «vizcaínos», denominación genérica que abarcaba a los verdaderos vizcaínos, pero también a los guipuzcoanos. Esa zona norte tenía una gran tradición en la carpintería y la construcción, pero era demasiado pequeña para albergar a todos los artífices que nacían y aprendían allí el oficio. Así que los «vizcaínos» acababan por trasladarse a otros lugares donde pudieran encontrar nuevas posibilidades de trabajo.

La mayor parte de estos artífices vivían a orillas del río Ebro, en el Norte de la ciudad, donde el clima era más húmedo y la vegetación más parecida a sus paisajes norteños. En ese barrio era frecuente, por lo tanto, oír los golpes de los martillos en los cinceles, el murmullo de las sierras y el susurro del cepillo, y sentir el suave olor de la madera cortada mezclado con el más intenso de las colas y pigmentos. Entre este ruido se alzaban las órdenes de los maestros a los oficiales y aprendices, en un barullo que mezclaba el castellano con el vascuence de los vizcaínos. En mitad de ese espacio, se alzaba la iglesia de Santiago, con su gran bóveda casi sin apoyos que parecía desafiar las leyes de la gravedad. Allí solían acudir los maestros para las ceremonias religiosas, y la Virgen de la Esperanza, ese trozo de madera que un artesano como ellos había convertido en una elegante Madre, de grandes ojos y sonrisa dulce, les acogía cuando presentaban ante ella sus rezos y peticiones.

Tener tantas personas dedicadas al mismo oficio en un espacio tan pequeño convertía los alrededores de Santiago en un espacio peculiar. Los maestros allí asentados podían ser los más fieros rivales por competir por una obra y poco después celebrar una boda común entre dos de sus vástagos. Los matrimonios entre estos maestros eran algo tan normal que los ciudadanos de Logroño

suponían que los hijos de esos matrimonios debían tener polvo de piedra corriendo por sus venas al par que la sangre.

En este ambiente había nacido Manuel de Ágreda en ese cálido mediodía de 1742. Su familia había trabajado desde hacía generaciones como canteros: cantero había sido su abuelo, canteros sus tíos, canteros sus primos y cantero su padre, Domingo. Domingo de Ágreda había pasado toda su vida trabajando como maestro de obra prima: arreglaba tejados, rehacía pozos, reforzaba muros y, si se le pedía, también hacía pequeños trabajos en madera, como vigas, mesas, sillas o marcos de ventanas. Nunca se hizo rico: su hermano, Pedro, bastante más mayor que él, había heredado el taller y la clientela de su padre y su abuelo, y Domingo había tenido que hacerse un hueco sin llegar jamás a despuntar como artesano en la ciudad.

Domingo tuvo un total de siete hijos, en dos matrimonios diferentes. Muy joven, había contraído matrimonio con una muchacha alavesa, Catalina Ruiz de Alda, quien le dio tres hijos: José, Pedro y Antonio Ventura. Aun eran los tres unos niños cuando unas fiebres se llevaron a Catalina, dejando a Domingo viudo y a los niños medio huérfanos. Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que Domingo conoció a María Cruz de Ilarde. Era una muchacha joven, de ojos grandes y actitud calmada, que procedía de un pequeño pueblo navarro y trabajaba como sirvienta en Logroño. Domingo pasaba ya de los 40 años, pero no pudo escapar del interés que despertó en él la joven criadita. Finalmente, acabaron por casarse un día de la Natividad de la Virgen.

A pesar de la diferencia de edad, fueron un matrimonio bien avenido. Muy pronto, María Cruz le había dado ya otros dos varones, José Vicente y Tomás. Poco después nacería su única hija, María Santos. Y cuatro años después nació el más pequeño, Manuel.

Una familia tan numerosa era una alegría, pero no siempre era fácil de mantener. Por mucho que trabajara, los pequeños trabajos que realizaba Domingo solo le permitían vivir con lo justo. Y todo empeoró aún más cuando empezó a notar una enfermedad en los ojos, que le hacía ver todo nublado y blanquecino. No pudiendo gastar dinero en buenos médicos, acudió solo a dos que no cobraban demasiado por sus servicios, y que se limitaron a decirle que no había nada que pudieran hacer.

Viendo que era imposible que la familia se sostuviera en esas condiciones, los hijos de Domingo adquirieron una madurez inusitada a su edad y decidieron hacer lo posible para subsistir por su cuenta y no depender de su padre. José, el mayor, era un muchacho vivo y enérgico, pero con un afán extraordinario por aprender. Desde joven había acudido al Convento de los Carmelitas

de Logroño, donde su familia tenía amistad con alguno de los monjes, para aprender a leer y escribir. Pronto, algo fue cambiando dentro de él. Le fascinaba el orden de la vida, la piedad de los monjes y la belleza de sus oraciones. La vida religiosa parecía tirar de él y, finalmente, a los 19 años, José manifestó a su padre su deseo de ingresar en la orden, aunque fuera como hermano lego.

Los dos siguientes, Pedro y Ventura, habían entrado como aprendices en el taller de un herrero vallisoletano, Salanova. Aprendían el oficio y vivían en su casa, colaborando en todas las tareas necesarias. Sin embargo, llegó un momento en que Salanova decidió regresar a su Valladolid natal. Propuso a los dos muchachos acompañarle y ellos, a pesar de su juventud, aceptaron trasladarse a una ciudad donde podían encontrar más oportunidades para poder trabajar el día de mañana.

Los últimos fueron los dos hijos mayores de María Cruz, Tomás y José Vicente. En su caso, su oportunidad surgió cuando supieron que algunos otros jóvenes de la ciudad iban a ir a Sevilla para embarcarse a las Indias. Y ambos, siendo como eran unos chiquillos, decidieron unirse a una expedición que sabía a aventura, fortuna y novedad.

Al menos de esa manera ambos lograron no estar presentes cuando su madre María Cruz, consumida por un tumor que había ido minando su naturaleza, falleció tan silenciosamente como había vivido. Domingo, ya completamente ciego, quedó al cargo de sus dos hijos menores, que por entonces tenían diez y siete años respectivamente. Cuando en 1751 unos funcionarios llegaron a la ciudad por orden del marqués de la Ensenada para realizar un catastro en la ciudad, Domingo solo pudo indicar que era pobre de solemnidad. Únicamente las limosnas podían mantener al anciano maestro y a sus dos pequeños hijos.

José se convirtió en estos momentos en la única ayuda que pudo recibir su padre. Cuando había decidido ingresar en el Carmelo, se trasladó a Navarra, donde pasó el noviciado en el Carmelo de Corella. De allí, aún en Navarra, se había trasladado a Villafranca, donde realizó la profesión solemne teniendo 25 años de edad:

—Y, para servir fielmente a Dios y a la Orden del Carmen, desearía mantener mi nombre en el siglo, José, en devoción al santo padre adoptivo de nuestro Señor. Y desearía añadirle el nombre de nuestro hermano San Juan de la Cruz, cuya reciente canonización nos invita a tomarlo como modelo de entrega y fidelidad de la orden, teniendo así como nombre el de fray José de San Juan de la Cruz.

Ser hermano lego suponía que fray José no se dedicaría exclusivamente al culto divino y no sería ordenado sacerdote, sino que realizaría un trabajo manual para mantenerse. En su caso, le destinaron a la cocina del Convento de Villafranca. Allí, fray José preparaba las frugales comidas para sus hermanos, aunque pensando cómo hacerlas más nutritivas y sorprendentes. En una ocasión, una carta de sus hermanastros Tomás y José Vicente, desde Colombia, le informó, entre otras novedades, de cómo una comida habitual para ellos era la tortilla de «choclos» o maíces. Ni corto ni perezoso, consiguió comprar a un vecino algunas mazorcas que tenía plantadas y esa noche los monjes se encontraron para cenar una esponjosa tortilla de «choclos».

—¿Pero qué tiene dentro?

—No sé, pero está muy rica.

—¿Son habas?

—No, es maíz.

—Sí que está rica, sí.

—Pero ¿qué jaleo es este? ¿Por qué no están respetando el silencio?

—¡Es que la tortilla tiene algo dentro!

—¡Silencio!

Uno de los monjes, por su parte, sí quedó silencioso al probar la tortilla. Hacía años que había profesado como religioso, y nunca había visto una variación así del menú por parte de ningún cocinero. Esa noche, habló con el superior:

—Me ha sorprendido bastante lo de la tortilla de choclos.

—Lo siento mucho, fray Marcos. El cocinero es muy imaginativo...

—No, no, me ha sorprendido para bien. Y el rostro de ese joven me ha parecido familiar.

—No me extraña, fray Marcos, probablemente habréis trabajado con alguno de sus familiares, son canteros.

—¿Son canteros? ¿Cómo se llaman?

—Ágreda, fray Marcos.

—Sí, sí... Ágreda... Sí que he trabajado con uno de ellos, Pedro de Ágreda si mal no recuerdo.

—Sí, Pedro es su tío, creo recordar. Pero la familia de fray José ha sido siempre muy pobre, por eso profesó como hermano lego.

—Pero ¿existe la posibilidad de que ese joven tan imaginativo y audaz tenga conocimientos de construcción?

—Pues sí, es bastante posible. ¿Desearíais hablar con él?

—Pero, pero... ¡tenéis a una persona con conocimientos de construcción y, en vez de enviármelo, lo ponéis a cocinar! ¿En qué estabais pensando? ¡¡Por supuesto que deseo hablar con él!!

Y así fue como fray José empezó a trabajar con fray Marcos de Santa Teresa, famoso tracista carmelita y responsable de gran parte de los trabajos de arquitectura que se estaban llevando a cabo en esos momentos en Corella y Villafranca. Fray Marcos le enseñó el oficio de tracista o arquitecto, aunque también le forzó a aprender a tallar piedra y madera, a realizar capiteles y flores decorativas, le enseñó cómo inspirarse en estampas de maestros grabadores, le abrió el mundo de los teóricos de las artes, como Tosca, Vitruvio o Vignola, le habló de la importancia de las medidas y las proporciones, de los acabados limpios y pulidos, de cómo una construcción alta debía adelgazar las decoraciones de los pisos superiores o de cómo el orden jónico debía colocarse sobre el dórico y nunca al revés. Con fray Marcos, fray José viajó a Zaragoza, a Valencia y a Vitoria, manteniendo bien abiertos los ojos para ver las diferencias entre unos y otros estilos, entre unos y otros artistas.

Hacia 1750, fray Marcos fue llamado a trabajar a Galicia. Propuso a fray José que le acompañara, pero este, tras pensarlo un poco, declinó la invitación. Con su padre ciego y pobre y dos hermanitos huérfanos de madre, fray José pensó que era mejor seguir cerca de ellos, incluso más cerca si era posible. Así

que se despidió con pena de fray Marcos y pidió permiso a sus superiores para trasladarse al Convento de Carmelitas de Logroño y trabajar allí como arquitecto. El permiso le fue concedido y fray José se instaló en el amplio convento situado a las afueras de la ciudad.

En Logroño, el joven fraile visitaba diariamente a su padre, diariamente se las arreglaba para llevarle algunos de los alimentos que las limosnas de la ciudad dejaban para socorro de los pobres, diariamente llegaba incluso a cocinar para su padre y sus hermanos. Además, previendo que los niños pronto tendrían que ganarse la vida por sí mismos, logró que su padre les permitiera aprender a leer y escribir, a Manuel en el propio Convento de Carmelitas, como él mismo había hecho, y a María Santos en el de monjas carmelitas.

Simultáneamente, fue poniendo en marcha un taller de arquitectura en su convento. Formó a algunos jóvenes legos en el oficio de tracista y carpintero y solicitó el traslado de algunos compañeros que habían trabajado con él en Corrella y Villafranca. Comenzaron con encargos esporádicos: arreglando techumbres, huecos de murallas, paredes caídas. Para 1748 un sacerdote de Viana, familiar de María Cruz, le contrató como perito tracista, experto en trazas de retablos, para evaluar dos retablos construidos para la ciudad. A partir de esos momentos, fray José fue convirtiéndose en un tracista de referencia en gran parte del valle del Ebro.

No era fácil hacerse un hueco como tracista en la ciudad de Logroño. Hacía falta mucho tesón, energía y carisma, pero por suerte fray José tenía esas cualidades, y así logró ir adquiriendo prestigio en la ciudad. A veces trabajaba junto a algunos de los maestros que ya vivían en la ciudad, otras, competía con ellos.

Afortunadamente, en esos momentos había obras prácticamente en todas las iglesias de la ciudad: tanto en la iglesia de Santiago, como en San Bartolomé, Santa María de Palacio y, en especial, la Colegiata de Santa María de la Redonda. Allí se había propuesto una obra magna: construir una nueva capilla dedicada a la Virgen de los Ángeles, con dos grandes torres gemelas y una portada monumental. La obra era dirigida, cómo no, por varios vizcaínos, Beratúa, Arbe y Arbaiza, que subcontrataron a un gran número de maestros de obras prima, carpinteros y escultores para llevar a cabo el proyecto.

Aun así, la movilidad por diferentes localidades seguía siendo habitual en los maestros y, en el caso de fray José, solía desplazarse especialmente a localidades a la que le llamaran sus hermanos del Carmelo. En 1755, se encontraba pasando unos días en el Carmelo en Calahorra, donde había ido a entregar las trazas para un retablo destinado a la catedral de esta ciudad. Mientras estaba allí, un mensajero dejó una carta de sus hermanos de Logroño, anunciándole la muerte de su padre.

Con los ojos rojos de lágrimas, fray José se trasladó todo lo rápido que pudo, llegando a tiempo de ver cómo el desdichado Domingo era depositado finalmente en la iglesia de Santiago, cerca de esa Virgen de la Esperanza a la que tanto había querido.

Al volver a la casa paterna, se encontró a su hermano Manuel, mirándole con ojos engrandecidos por la pena y las privaciones. Fray José le miró a su vez y, casi sin quererlo, se le escapó un suspiro:

—Y ahora ¿qué voy a hacer contigo?

—Quiero aprender a trabajar contigo.

—Yo soy fraile, Manuel. Entregué mi vida al Carmelo y mi prioridad son mis hermanos del Carmelo.

—Dices eso para desanimarme, pero sé que podrías enseñarme el oficio si quisieras.

—Lo que tendrías que hacer es volver con Navajas y dejarte de caprichos tontos.

Manuel palideció.

—No volveré allí nunca, ¿me oyes? ¡Nunca!

Fray José miró pensativo al joven delgado que le miraba desafiante. Desde que había nacido, había seguido con interés mal disimulado el crecimiento de ese niño, 27 años más joven que él, enorgulleciéndose interiormente cuando los monjes de su convento le habían dicho que tenía una inteligencia aguda y rápida y que había aprendido a leer y escribir con gran facilidad. Pero había una decisión que aún le pesaba interiormente a pesar de haberla tomado con la mejor intención.

Desde que era muy pequeño, fray José había permitido a su hermano tomar parte en alguna de sus tareas, desbastando, cepillando y pasando a limpio los dibujos de los diseños. Era una manera de que saliera de esa casa llena de enfermedad y de que realizara algún servicio a cambio de la comida que cada día recibía como limosna. Además, lo cierto era que el muchacho tenía talento y parecía gustarle ese trabajo. Por eso, cuando Manuel tenía 12 años, fray José pensó que tal vez podría entrar como aprendiz con algún escultor o carpintero de la ciudad. Probó con varios maestros, entre ellos su tío Pedro, pero no encontró ninguno que quisiera tomar al joven como aprendiz. Corrían los años 50, los maestros tenían gran cantidad de encargos y el trabajo intenso era incompatible con formar a un criajo esmirriado de 12 años. Algunos contestaron a fray José que tal vez sí pudieran tomarlo como aprendiz a cambio de una cantidad de dinero.

—Eso no tiene sentido —protestaba fray José—. Desde que entre como aprendiz, el muchacho va a trabajar con vos, barriendo, trayéndoos pertrechos y obedeciendo en lo que mandéis. ¿Por qué además tendría que pagar por ello?

—Bueno, tendremos que alimentarlo mientras esté con nosotros.

—Está acostumbrado a comer poco.

—Esa no es la cuestión.

—Pero no tengo dinero para pagarlos —casi imploraba fray José.

—Entonces deberéis buscar a otro maestro.

Tras varios de estos desaires, una idea pasó por la cabeza de fray José. Había visto a Manuel cuidando a sus padres, tanto en la enfermedad de su madre como en la ceguera de su padre. Le había visto intentar bajar la fiebre de uno y de otro, poner compresas frías, preparar tisanas. ¿Y si el muchacho rompiera la tradición familiar de la cantería para dedicarse a la sanación?

Ni corto ni perezoso, fray José se dirigió a la casa del nuevo médico, que había llegado a la ciudad pocos meses antes. Solo sabía que era francés, que se llamaba don Juan y que tenía un apellido imposible como Dluyar o algo así. La tarea de hablar con el médico no resultó fácil, ya que este chapurreaba una mezcla de francés y español con frecuentes palabras en euskera que no facilitaban demasiado la conversación. Pero fray José llegó a entender que ser médico era un empeño complicado que requería saber latín y desplazarse a algún lugar donde existiera una escuela especializada, insistiendo don Juan que lo mejor que podía hacer era ir a París. ¡A París! ¡Si cada día que pasaba no sabían si podrían comer al siguiente!

Cabizbajo, fray José había acudido por un negocio a casa de Francisco de Aranguren, a quien le contó sus penas, que este acogió con indignación.

—A París, dice. Estos franchutes se creen que tienes que ser medio franchute para ser bueno en algo. ¡A París!

Aranguren siguió trabajando, rezongando mientras miraba los vidrios recién cortados para colocar en unas ventanas.

Los Aranguren eran dos hermanos: Francisco y José, y ambos se dedicaban a la carpintería, la realización de vidrios y cristales y la construcción y reparación de puentes entre otras tareas. Su familia procedía de Azcoitia y eran vizcaínos con nobleza reconocida. De los dos, Francisco era el que llevaba la voz cantante: su personalidad enérgica y su perfeccionismo le habían convertido en el artista más rico y prestigioso de Logroño y su taller, en la plaza de la iglesia de San Bartolomé, era uno de los más grandes y activos de la ciudad.

Él y fray José habían ido adquiriendo una gran confianza el uno con el otro, desde que empezaran a coincidir en diferentes trabajos en la ciudad. El joven

fraile no se había atrevido a pedirle que acogiera como aprendiz a su hermano porque sabía que Aranguren, aparte del trabajo que acumulaba, tenía un hijo un poco más mayor que Manuel, llamado Francisco Alejo, cuya formación acababa de asumir. Alejo era un muchacho espigado y atento, elegante y de suaves modales, y el pequeño Manuel le admiraba como un modelo absolutamente inalcanzable.

—A París —continuaba rezongando Aranguren—. Aunque no sería el Ágreda que se va más lejos. ¿Cómo les va a los dos indianos que tenéis por ultramar?

—¿José y Tomás? Bien, les va bien. Están en Antioquía, en Colombia.

—Casi nada. ¿Ves? Pues seguro que París está más cerca que *Antoguía*.

—Antioquía. Pero no puedo mandar al crío allí, don Francisco. Es imposible.

—Ya, ya lo sé.

Aranguren pasó el dedo por el borde del cristal y gruñó cuando alguna barba mal pulida le cortó ligeramente el dedo.

—Qué torpes, por favor. Lo tendrán que rehacer hasta que quede bien. ¿Y has pensado en otra opción que no sea la que propone ese médico franchute engreído?

—No me pareció muy engreído. Pero, bueno, no sé qué otras opciones podría haber.

—Como cirujano menor, sin latines.

—¿Como sangrador?

—Cirujano sangrador. Bernabé Navajas, por ejemplo, creo que no rechazaría un aprendiz que le ayudara.

Fray José dudó. Cirujano sangrador no era lo mismo que médico. Y Navajas era un individuo mal encarado y gruñón que atendía a todos sus pacientes como si le estuvieran haciendo perder un tiempo valioso. Pero recordó la dureza y rigor de sus primeros meses en el Carmelo y cuánto había agradecido la fortaleza que había adquirido tras ellos, y pensó que al niño no le vendría mal alguien un poco más exigente que su dulce y sufrido padre.

—¿Y si me pide dinero? Todos los maestros con los que he hablado hasta ahora me han pedido dinero.

—Bueno, yo puedo ayudarte. Ofrécele 100 reales de mi parte, que en un año o así el crío le resultará rentable y habrá recuperado las manutenciones.

Y así fue como fray José fue a hablar con Navajas, que resultó tan desagradable y molesto como había imaginado, para luego regresar al taller de Aranguren.

—Navajas dice que acepta, pero que 100 reales son pocos, que quiere 200.

—¡Pero qué rata ambiciosa!

—Y dice que no se fía de mendigos ciegos ni de frailes pobretones para representar al chaval: que tenéis que acudir vos como su fiador.

—Claro, claro. Veréis la próxima vez que precise de unos estantes para colocar sus *potinjes*.

—¿Entonces le digo que no?

Aranguren miró al joven fraile, que había intentado dedicar su vida a su religión y ahora debía sacar adelante a su propio padre y a sus hermanitos, enfrentándose para ello a lo peor y más desagradecido de la población, y sintió una piedad inusual en él.

—No, dile que aceptamos. Hablaré con el notario Garrido y fijaremos una fecha para firmar el contrato de aprendizaje. Eso sí, más vale que el criajo me atienda en la vejez como buen cirujano, ea.

Las dos partes firmaron el acuerdo por el que Navajas se comprometía a tener a Manuel como aprendiz durante cuatro años y, tras esto, el muchacho dejó entre lágrimas a su padre. A Domingo le costaba creer cómo podía haber ido perdiendo uno a uno a todos sus hijos. María Santos hacía unos meses que se había ido también. En su afán por ayudar a su familia, fray José había acudido a uno de los nobles más importante que había conocido en su noviciado navarro, Joaquín José de Arteaga, marqués de Valmediano, asentado en Estella. El de Valmediano dio al joven fraile una limosna y se ofreció a emplear en su servicio a alguna joven hacendosa si fray José lo precisare. Por supuesto, a fray José le había faltado tiempo para proponer a su hermana pequeña. Así que María Santos se había trasladado a Estella para limpiar y servir en la magnífica residencia del marqués, Grande de España. Y ahora era el pequeño el que marchaba a otra casa, y nada menos que por cuatro años.

—Pero, padre, va solo unas calles más allá. Lo seguirá teniendo cerca.

Era cierto, pero también era cierto que para Manuel no fue un traslado fácil. Algo dentro de él le gritaba que su padre le necesitaba, y esa idea afectaba a toda su actividad. Estaba distraído, le costaba recordar las recetas que Navajas le ordenaba preparar, y el oficial de Navajas se quejaba de que ni siquiera era capaz de barrer en condiciones. El maestro sangrador acudía a Aranguren sintiéndose estafado, pero este repetía a Navajas que era sabido en la ciudad que el muchacho era listo y espabilado.

—¡Pues no firmó con 12 años su propio contrato de aprendizaje!

Pero no era tan sencillo. La angustia con la que el joven vivía fuera de su casa convertía cada día con Navajas en un infierno. Trató de aguantar por no

disgustar a su padre y su hermano. Aguantó las críticas del oficial, sus sarcasmos e incluso sus golpes. Aguantó mientras las tareas fueron preparar mezclas y tisanas, barrer y limpiar la casa y traer agua de la fuente de Barriocepo a la casa. Pero cuando pasaron unos meses, una noche en la que el oficial libraba, Navajas decidió llevar al muchacho para que transportara los utensilios a casa de unos pacientes que le habían llamado.

Se trataba de un parto. Al parecer, la criatura que iba a nacer llegaba de nalgas y la comadrona había avisado a Navajas. Manuel se encontró de pronto cara a cara con el bullicio, los gritos, el dolor, el olor a sangre. Navajas masculló, juró, culpó a la madre del mal embarazo y empezó a realizar su trabajo entre gruñidos y descalificaciones hacia las madres que decidían tener a sus hijos de madrugada. Entretanto, Manuel iba alargando a su maestro los utensilios que este le pedía, mecánicamente. Cuando el bebé salió, viscoso y amoratado, Navajas dijo:

—Bueno, seguro que después de esto no vuelve a dejar a su marido acercarse de noche en una buena temporada.

Manuel preparó la aguja con el hilo de sutura, tratando de enhebrarla con sus manos temblorosas. Asistió al final de la operación. Y cuando el último punto estuvo dado, salió corriendo y vomitó en la calle hasta casi quedar sin respiración. Luego, fue corriendo al convento de su hermano y le informó de que no pensaba regresar a casa de Navajas.

—Y que envíe a los alguaciles contra mí. Prefiero la cárcel a volver a esa casa.

Fray José trató de convencerle con buenas palabras, amenazas, llamadas a la responsabilidad e insinuaciones sobre el desaire que eso suponía para Aranguren. Nada conmovió al muchacho. Al final, fray José acudió a Navajas y le informó de que el muchacho necesitaba quedarse en su casa por la delicada situación de su padre y que después continuaría el aprendizaje. Pero, ahora que Domingo había fallecido, ¿no debería volver el joven a casa de Navajas?

—Ser cirujano no es un mal oficio.

—Ser aprendiz es querer ser al final como tu maestro y antes moriría que desear ser como Navajas.

—Puedes aguantar cuatro años, aprender con él y luego ya ser maestro cirujano a tu manera.

—Pero yo lo que quiero es ser arquitecto, como tú. Quiero también tallar la madera, diseñar retablos, crear figuras. Eso es lo que quiero.

—Aranguren se ofreció a ser tu fiador, no puedes defraudarle así.

—Puedo trabajar para Aranguren hasta devolverle los 200 reales que pagará por mí. Y luego voy a trabajar contigo.

—El taller de Aranguren tiene más gente empleada que la propia Colegiata.
¿Por qué no puedes elegir otro oficio que no tenga que ver con la construcción?

—Porque soy un Ágreda —declaró el muchacho con decisión.

—Eso no es una razón.

—Pues no se me ocurre otra.

Fray José suspiró.

—Hablaré con mi superior. Si no le parece mal, puedes venir al convento a aprender el oficio. Pero necesitaré un sitio para que te quedes.

—¿No me puedo quedar con los novicios?

—¿Quieres ser monje? —preguntó fray José con sorna.

—¡¡No!!

—Entonces deja a los novicios en paz. Lo último que necesitan es ver a alguien que vive con ellos sin sus obligaciones ni aspiraciones. Te buscaremos una casa.

—Con los Aranguren.

—Como si no les hubieras costado ya bastante.

—¿Entonces con quién?

—No lo sé, la verdad —fray José se encontraba muy cansado. Se pasó la mano por los ojos y dijo en voz baja—: Los Zalabardo ahora no están en Logroño, tu tío te pondría a dormir en el suelo, y no por maldad... Probaré con los Ortega.

Félix de Ortega era para fray José el prototipo de navarro, por su figura corpulenta, su voz gruesa y sus enormes manos rojizas, aunque el trabajo de su padre le había hecho nacer, accidentalmente, en Aragón. Como muchos otros artistas de la región, había sido hijo de artistas y hermano de artistas, y como muchos otros artistas la familia había recorrido multitud de localidades buscando encargos: Félix había nacido en Ores, había crecido en Calahorra y había trabajado en Briones, donde la muerte sorprendió a su padre. En esos momentos, Félix tenía dos hermanos: Juan José y Catalina. Juan José optó por quedarse en Briones, Félix abandonó la localidad para ir a Álava, a la ciudad de Laguardia y Catalina contrajo matrimonio con un joven arquitecto llamado Sebastián de Portu, de rostro redondo y pálido, más bien poco expresivo.

Portu descendía de otra familia de larga tradición artística, procedente de Andoáin, pero su padre había viajado a Logroño y a otras localidades de los alrededores, como Navarrete, donde nació su hijo Sebastián y donde él falleció, dejando al muchacho huérfano de padre a corta edad. Animado por su madre, Sebastián había ido trabajando duro para salir adelante como retablista, y tras trabajar muchos años por pequeños pueblos acabó por instalarse en Logroño, donde fue adquiriendo una reputación.

Félix, por su parte había tenido tres hijos en Laguardia: Ángel, Manuel y María, pero seguía teniendo que viajar por distintas localidades para conseguir trabajo. Su mujer, Manuela, sufría lo indecible: quedarse sola con tres niños pequeños cada vez que su marido viajaba era una tortura para ella. Así que Félix tomó una decisión: habló con Portu, compraron una gran casa a medias (con el dinero de Catalina, porque Portu no nadaba en la abundancia) y colocaron allí los dos talleres, contiguos el uno al otro. Así, si Sebastián o Félix tenían que viajar, Manuela y Catalina quedaban juntas y sentían menos la soledad de las esposas de arquitectos.

Fray José conocía a Portu prácticamente desde que el joven llegó a Logroño y se había dado cuenta de que era buen trabajador y tenía talento. Conmovido

por su pobreza y su orfandad, le había ido recomendando como ejecutor de algunas de las obras que él diseñaba. Gracias a esos apoyos y a su propio saber hacer, Portu había conseguido uno de los proyectos más deseados por los retablistas en esos momentos: el retablo mayor de la iglesia de San Bartolomé de Logroño.

Sin embargo, con quien fray José había ido desarrollando una verdadera amistad era con Félix de Ortega. Ortega no era un maestro agobiado por acumular encargos y siempre tenía tiempo para dedicarlo a quien acudiera a su taller. Por eso, y porque sus hijos tenían una edad parecida a la de Manuel, pensó que tal vez el maestro pudiera acoger como huésped a su hermanito.

—Solo tenerlo en casa, yo le enseño el oficio. Pero, por supuesto, mientras esté allí que os ayude en lo que haga falta: barrer, traer agua, preparar pigmentos..., lo que sea.

—Por supuesto —dijo Félix sin dudar ni un segundo.

—¿Por supuesto? —replicó fray José, desconcertado ante tal rapidez.

—Por supuesto.

—¿No queréis preguntarle a Manuela? Mirad que esto de tener una boca más que alimentar suele afectar más a las mujeres.

—No parece que el crío sea de los que comen en abundancia —rio Félix, con los brazos en jarras— y la pobre está acostumbrada porque el cuñado sí que se pone fino en las comidas.

—¿Sebastián?

—Sí. Buen chico y muy trabajador, pero está claro que es de buen comer. Y mi mujer le cocina todo lo que le gusta con alegría para que ni se le ocurra trasladarse a otra localidad y llevarse a «su» Catalina.

—¿Tanto quiere a su cuñada?

—Es como una hermana para ella. Y creo que, en parte, es la hija mayor que nunca tuvo.

—Pero tiene a María.

—No, no es lo mismo. María es como yo, ¿sabéis? Nada le gustaría más que ponerse un delantal y empezar a tallar madera con la gubia. Mi mujer se desespera, dice que esto es por respirar tanto serrín. Así que no soporta la idea de quedarse sin «su» Catalina.

—De todos modos, me quedaría más tranquilo si ella también aceptara dar alojamiento a Manuel. Y, por favor, aseguraos de que trabaja. Me gustaría poder ofrecer dinero por eso, pero ya sabéis...

—No sigáis, de verdad. Me ocuparé de que trabaje, pero os aseguro que puede venir sin problema.

Manuel se instaló en casa de los Ortega, en un pequeño cuarto del piso superior que compartía con Ángel y Manuel. Era fantástico despertar al alba y respirar el olor del serrín y del pino cortado, escuchar el ronroneo de la gubia y el sonido áspero del serrucho. Tras desayunar ligeramente, acudía corriendo al convento de su hermano, donde cortaba, aserraba, desbastaba y recorría las veces que hiciera falta el camino hasta la fuente. Luego, volvía a casa de los Ortega donde barría, limpiaba y fregaba con una alegría inusual. Fue acostumbrándose, incluso, a comprar en el mercado los ingredientes que las mujeres de la casa le pedían para que estas prepararan la cena por la noche. Y cenaba somnoliento pero feliz, escuchando la gruesa voz de Félix, el tono más edulcorado de Sebastián y los comentarios entusiastas de Ángel y Manuel. Luego, iba con los dos a su cuarto, donde los tres dormían envueltos en mantas y contándose entre risas las aventuras del día, hasta que el sueño les vencía. Con Ángel y Manuel, Ágreda descubrió la verdadera amistad y el compañerismo, que no había podido tener con sus hermanos. Con Ángel y Manuel, Ágreda podía hablar de sus mayores preocupaciones para después soltar una carcajada ante un chiste intempestivo y saberse comprendido aunque sus problemas fueran contestados con burlas e ironías.

También Félix estaba encantado con el joven, tanto que acudió a hablar con su hermano:

—Fray José, ¿os importaría que el muchacho trabajara conmigo algunas temporadas?

—Por mi parte no, pero mirad que aún no conoce bien el oficio.

—Aprenderá haciendo. Y, por supuesto, vos seguiréis enseñando otros ratos.

—Félix, a mí no me importa, pero no quiero que sea una carga para vos.

—¿Una carga? Es una gubia más que se moverá y lo necesitamos.

Fray José acabó por ceder y Manuel comenzó a ayudar a los Ortega en la talla y policromía de columnas, capiteles y demás decoraciones de retablos.

Aunque estaba contento con ese trabajo, no pudo menos que enfadarse cuando su hermano le dijo que iba a llevarse a Francisco Alejo de Aranguren como su ayudante para un trabajo.

—¿Y por qué Alejo y no yo? ¡Soy tu hermano!

—Tú estás ocupado con otros trabajos.

—Como si él no lo estuviera.

—Y aún no eres maestro arquitecto.

—Él tampoco. ¡Si como mucho tendrá tres años más que yo!

—Manuel, déjalo, voy a llevármelo a él. Haremos la traza y le pagaré la cantidad prevista por ayudarme en esta labor —y, tras una breve pausa, añadió con cierto énfasis—: 200 reales.

Manuel enrojó hasta la raíz del cabello, pero no volvió a insistir. De hecho, sintió cierto alivio al saber que la cantidad iba a ser saldada. Algún día, se dijo, pagaré a mi hermano por todo lo que ha hecho por mí. En cualquier caso, el trabajo con los Ortega era muy satisfactorio para él. Preparaba piezas para la policromía cubriéndolas de bol y yeso. Preparaba la cola para ensamblar las piezas. Tallaba en madera piezas que después se ensamblarían en el conjunto del retablo, desde flores y frutos a las complejas rocallas que iban poniéndose de moda, de origen chinés pero que causaban furor en Francia.

Solo cuando Manuel llevaba ya un año en casa de los Ortega, empezó a llamar su atención una persona que hasta entonces había pasado desapercibida. Y esa persona fue María.

Marzo de 1756

Un día Félix llamó a Manuel para transmitirle una serie de tareas. Manuel empezó a trabajar en ello y se empleó a fondo todo el día hasta que, agotado por el cansancio, revisó mentalmente las tareas encomendadas, juzgó que estaban cumplidos, y fue a cenar, arrastrando los pies, pero con la conciencia tranquila. Fue después, cuando ya estaba dormido, cuando se despertó sobresaltado. Recordó que entre las tareas estaba preparar para el dorado unos capiteles. Tendría que haber lijado la madera, aplicarle una capa de yeso para aislar la madera de las humedades y las termitas y luego aplicar una capa de una arcilla rojiza llamada bol para que el pan de oro se adhiriera al conjunto. Y no había hecho nada de eso. Era aún noche cerrada pero, despierto como estaba por el sobresalto, se medio vistió y bajó, a la luz de una vela, al taller. Y, al llegar allí, encontró los capiteles perfectamente alineados y con la preparación ya realizada. Manuel los miró desconcertado. Estaba seguro de que no había sido él quien había preparado el dorado, pero la preparación para el dorado había sido realizada. ¿Por quién?

Manuel regresó a su cuarto. Saltó sobre la cama y agitó a Ángel, que estaba cerca de él.

—Ángel, despierta, despierta.

Ángel se incorporó como un muñeco movido por un resorte.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—¿Tú diste bol y yeso a unos capiteles?

Ángel le miró lentamente, muy desconcertado.

—¿¿Que si he hecho qué??

—Que si has dado bol y...

—Manuel, te he oído. ¿Se puede saber por qué me despiertas para preguntarme eso?

—Tu padre me pidió que preparara unos capiteles para el dorado. Yo no lo hice, pero está hecho. ¿Lo has hecho tú?

Ángel se dejó caer sobre la cama.

—¿De verdad es tan urgente?

—Bueno, no sé, pero es extraño. Yo sé que yo no lo hice. ¿Y si tu padre vio que no lo había hecho y lo hizo él? Estará furioso conmigo. A lo mejor —y al decir esto Manuel sintió que el corazón se le encogía—, a lo mejor decide que es mejor que no siga en su taller.

—No digas tonterías. Mi padre está feliz contigo. Y por una tarea que no hayas hecho no te va a echar. Además, si hubiera visto que no lo has hecho, te habría mandado que lo hicieras mañana. Bueno, hoy. Bueno, lo que sea. Pero te habría obligado a terminar el trabajo. Así lo hemos hecho siempre.

—¿Y seguro que tú no lo hiciste?

—Me encantaría decirte que puede que lo hiciera dormido, pero es imposible dado que tú no me dejas dormir.

—Ángel, por favor. ¿Y si lo hizo Manuel?

—No, él ha estado todo el día conmigo. Hemos estado marcando con la gubia el estriado de las columnas.

—Puede haber sido Sebastián o alguien de su taller...

—Ellos han estado ocupados con otras labores todo el día. Y si Sebastián hubiera visto una tarea sin hacer, no lo habría hecho en silencio, habría llamado a mi padre para que él fuera consciente de nuestros incumplimientos.

Manuel asintió. Sebastián no era mala persona, y trabajaba muy bien, pero todos notaban que había en él una cierta reticencia hacia los tres pequeños. Llevaba años trabajando con Félix y había esperado heredar su taller algún día. El que sus dos hijos siguieran las huellas de su padre le había inquietado un poco, y la llegada de Manuel aún había empeorado más las cosas.

—Pero, entonces, ¿quién ha pintado esos capiteles? Ángel, esas cosas no se hacen solas.

—A lo mejor ha sido María. Parece propio de ella hacer una cosa así y no decirle nada a nadie.

—¿Qué María? —preguntó Manuel despistado.

—Pues mi hermana. ¿Qué otra María vive en esta casa?

—Pero ¡que estamos hablando de preparar unos capiteles para la policromía! ¿Cómo lo va a hacer tu hermana?

—Pero, a ver, ¿con el tiempo que llevas en esta casa aún no has visto nunca a María trabajando en el taller?

Manuel negó con la cabeza.

—Pues es bastante buena. Mi padre le pide a veces que se ocupe del pulimento, porque es muy meticulosa y lo deja todo perfecto. Pero sabe hacer cualquier labor que realice cualquier aprendiz mejor que ninguno de ellos. Y

a veces incluso hace tallas finas. Sabe tallar unas rosas de esas grandes, ¿cómo se llaman? ¿Camelias? Es una cosa increíble. Ni a mí me salen tan bien como a ella.

—¿Le enseñó tu padre?

—Algunas cosas sí, otras las ha aprendido simplemente mirando.

—¿Y por qué no trabaja con nosotros?

—Porque, por si no te habías dado cuenta, joven despistado, es una chica.

—Hay mujeres que llegaron a ser maestras. Mi hermano me habló de la Roldana, que fue una escultora que llegó a trabajar para el rey.

—Puede ser, pero no ahora mismo y en Logroño. La ciudad tiene más artesanos que trabajo para ellos. Cualquier excusa es buena para dejar a alguien de lado, así que imagínate si se trata de una mujer. Basta con ver lo que ha ocurrido con Bejes.

—¿Lo que ha ocurrido con quién?

—Con José Bejes, el pintor. Por Dios, no me digas que no te has enterado. Pero ¿qué haces tú en la vida?

—Trabajar —respondió Manuel con un punto de indignación—. Y trabajar para vosotros, por si no te habías dado cuenta.

—Yo también trabajo, pero un buen rumor te entra por la oreja aunque estés dándole a la gubia. Bejes es un pintor que llegó hace unos años a Logroño. Montañés, creo. Mostró documentos a los alcaldes probando que había viajado por media España y que había estado en Italia, donde había trabajado en Bologna siendo reputado pintor en esa ciudad. Y, de vuelta a España, había arribado a Logroño y deseaba saber si la ciudad tendría trabajo para él. ¿Y sabes qué le dijeron? Que se pusiera al servicio de alguno de los pintores de la ciudad. ¡Viniendo de Italia!

—Y se largó, claro.

—Y claro que no se largó. De verdad, no te enteras de nada. Sigue en la ciudad, y trabaja en las pinturas murales de Palacio.

—¿Pero no las estaba haciendo Arciniega?

—Efectivamente, Bejes vio que, aunque no era el mejor trabajo del mundo, podía trabajar al servicio de Arciniega. Alguien comentó que posiblemente se le había acabado el dinero al llegar aquí y por eso necesitaba un trabajo, el que fuese. Pero al poco de llegar se casó con Manuela, la hija de Arciniega, y ahora ya está bastante asentado en la ciudad. Posiblemente, cuando Arciniega se haga mayor le pasará el taller. Pero sigue siendo poca cosa para alguien que ha trabajado en Italia.

—Sí que lo es —dijo Manuel pensativo.

—Bueno, ¿ahora ya puedo dormir de nuevo?

Y sin esperar respuesta, Ángel dio media vuelta y escondió la cara en la almohada. Manuel apagó la vela y se quedó aún un rato con los ojos abiertos en la oscuridad. Pensó en María, viendo durante años trabajar a toda su familia sin poder hacer casi nada que no fuera a escondidas. Manuel era, como su hermano José, rápido y tan decidido que a veces pasaba por alocado. Pero el tiempo pasado con su padre enfermo también había desarrollado en él una empatía especial. Recordó cuánto había deseado que su hermano le enseñara el oficio, e imaginó lo que sería saber que nunca te enseñarán el trabajo y que deberás dedicarte a cocinar y limpiar cuando lo que deseas es crear delicadas flores con la gubia. Le costó mucho quedarse dormido.